

La ciudadanía árabe: la Primavera Árabe y sus consecuencias no intencionales

Bryan S. Turner

The Graduate Center

The City University of New York

Traducción de Marta Latorre Catalán y Héctor Romero Ramos

RESUMEN

La oleada de protestas y revueltas producidas a lo largo del norte de África y Oriente Medio durante la primera mitad de 2011 ha despertado un interés considerable tanto en el ámbito periodístico como en el académico. Aunque originadas en Túnez, la pieza central de estos levantamientos fue la revolución del 25 de enero en Egipto, que acabó con la salida del poder del Presidente Hosni Mubarak, la elección popular de Mohamed Morsi y la creación de una comisión constituyente. Una revuelta popular en Libia acabó con el asesinato del coronel Gadafi y el arresto de su hijo. En Yemen, el equilibrio inestable entre el norte tribal y el sur modernizado comenzó a romperse. A pesar del entusiasmo general por que se produjera un proceso pacífico de democratización, desde el otoño de 2012 predomina un mayor realismo, si no cinismo, sobre las perspectivas de un cambio social duradero. Me referiré a este desarrollo insospechado de la Primavera Árabe y sus revuelas populares como “el invierno de nuestro descontento”.

Hay una inquietud muy extendida sobre lo que pueda venir tras el derrocamiento de los regímenes de Yemen, Túnez, Libia y Egipto, y una mayor ansiedad aún sobre lo que pueda suceder, si algo sucede, tras el enfrentamiento civil en Siria. De las elecciones democráticas en Túnez y Egipto han salido gobiernos y cambios legislativos inspirados en el conservadurismo islámico más que en un proyecto democrático secularizado. El deterioro de los derechos de las mujeres que se deduce de la nueva legislación es un claro indicador en este sentido. Analizaré estos procesos valiéndome de la noción weberiana de las consecuencias no intencionales de la acción y discutiendo si estas sociedades lucharán por crear ciudadanía, sociedades civiles viables e instituciones políticas democráticas y transparentes. Es poco probable que los movimientos sociales

sobrevivan si no permean las instituciones locales y grupos sociales. El desarrollo de la ciudadanía depende de la consolidación de una clase media –una clase social casi por completo ausente en la región, con la excepción de Turquía. Los Hermanos Musulmanes se fortalecen gracias a su prolongada implicación a nivel local, de ahí que los cambios sociales de carácter más conservador se hayan impuesto poco a poco a los elementos más inclusivos y secularizadores de la revolución.

PALABRAS CLAVE: ciudadanía, Jeffrey C. Alexander, Max Weber, clase media, Hermanos Musulmanes, religión civil, secularización, consecuencias no intencionales.

INTRODUCCIÓN: DE LA PRIMAVERA ÁRABE AL INVIERNO DE NUESTRO DESCONTENTO

La oleada de protestas y revueltas ocurridas en el norte de África y Oriente Medio durante la primera mitad de 2011 produjeron un entusiasmo justificado. Aquellos movimientos se desencadenaron a partir de los acontecimientos ocurridos en Túnez, pero la pieza central de los levantamientos, por su dimensión e importancia, fue la Revolución del 25 de enero en Egipto, dramáticamente resuelta con la caída del Presidente Hosni Mubarak, la convocatoria de elecciones y el nombramiento de una comisión encargada de la redacción de una nueva Constitución. Tras las controvertidas intervenciones de Gran Bretaña y Francia y la creación de un espacio de exclusión aérea, el levantamiento popular en Libia concluyó con el asesinato del Coronel Gadafi y el arresto de su hijo. En Yemen, el precario equilibrio alcanzado tras la unificación del país en 1990 entre un norte tribal y un sur modernizado comenzó a deshacerse. Para entonces ya había muestras de protestas idénticas por todo el mundo. Las autoridades chinas advirtieron de que grupos disidentes podrían seguir la misma estrategia para presionar al Partido Comunista para la puesta en marcha de reformas políticas de apertura democrática. En Singapur, un exitoso Estado autoritario “blando”, el pobre resultado del gobernante Partido de Acción Popular en las elecciones provocó cierto nerviosismo ante la posibilidad de que se produjeran protestas similares en la isla. Una emoción juvenil, si no un entusiasmo revolucionario, flotaba en el ambiente. Durante una buena parte de 2012, el movimiento Occupy Wall Street en Estados Unidos fue interpretado también como la evidencia de que el desencanto hacia el capitalismo financiero podía dar lugar a un cambio político real. Sin embargo, desde el otoño de ese

mismo año predomina un mayor realismo, si no cinismo, sobre la posibilidad de que la Primavera Árabe y sus revueltas populares se conviertan en el, citando el *Ricardo III* de Shakespeare, “invierno de nuestro descontento”.

En estos momentos hay una ansiedad justificada sobre lo que pueda venir tras el derrocamiento de los regímenes de Yemen, Túnez, Libia y Egipto, y aún mayor ansiedad sobre lo que pueda suceder, si algo sucede, tras el enfrentamiento civil en Siria. De las elecciones democráticas celebradas en Túnez y en Egipto han salido gobiernos más inspirados en el Islam que en los modelos occidentales de democracia secularizada. De hecho, toda la región es ahora inestable y se plantea la pregunta acerca de qué respuesta dará Israel si sus relaciones con vecinos como Egipto, Líbano y Siria se vuelven cada vez más inciertas. El conflicto sirio comienza ahora a socavar la posición de Turquía como ejemplo de democracia en Oriente Medio, porque se ha exacerbado el problema enquistado de la independencia kurda. Lo que a su vez pone sobre la mesa la cuestión del papel reservado para la minoría alawita tanto en Turquía como en Siria, así como el futuro de las comunidades cristianas en la región. En octubre de 2012, el ejército turco atacó objetivos en territorio sirio en represalia por un bombardeo que causó víctimas civiles en la ciudad fronteriza de Akcakale. La crisis siria se suma a la inestabilidad interna en Irak. Una consecuencia irónica de la caída del régimen de Sadam Hussein ha sido el incremento de la influencia de Irán y el chiísmo en la región. Con protestas en Bahrein, Arabia Saudí y los países del Golfo tratan de contrarrestar el avance chií con su modelo de Islam suní. El primer ministro israelí advirtió a Naciones Unidas de que debería trazarse una ‘línea roja’ contra las aspiraciones nucleares iraníes. Las posturas tanto de la diplomacia estadounidense como de la rusa son igualmente complejas. El gobierno de Obama, mientras oficialmente trataba de evitar un nuevo conflicto militar con un país musulmán, se vio envuelto en el conflicto libio tras el asesinato del embajador norteamericano J. Christopher Stevens y otros tres ciudadanos estadounidenses en Bengasi el 11 de septiembre de 2012. Hay indicios claros de que Al Qaeda y Ansar al-Sharia operan con éxito en buena parte del Magreb y el Sahel. Estados Unidos ha tratado de mantenerse al margen de la crisis siria, admitiendo que ya está envuelto, con consecuencias claramente insatisfactorias, en dos guerras en Irak y Afganistán. Rusia, preocupada por el conflicto musulmán en algunas ex repúblicas soviéticas de Asia central, suministra armamento al régimen de al-Assad, mientras Arabia Saudí financia a los rebeldes sirios por miedo a la creciente influencia iraní.

¿DE LA PROTESTA LAICA A LA NORMA RELIGIOSA?

¿Qué respuesta han dado los académicos occidentales a tal diversidad de oportunidades y riesgos? Antes de la Primavera Árabe algunos sociólogos y politólogos trataron de incorporar a Gadafi en un diálogo que alentara la formación de una ‘democracia deliberativa’ (así, la obra de David Held), o la propuestas del capital social (Robert Putnam) o McWorld (Benjamin Barber), así como las teorías de la democracia social (Anthony Giddens). Lamentablemente, aquellas ideas apenas influyeron en regímenes como el libio, que siguió una estrategia de familismo y clientelismo para la que la familia Gadafi contaba con amplios recursos. Los conflictos y la violencia del ejército contra la población civil en Yemen, Siria y Bahrein nos sugieren que la construcción de instituciones cívicas en estos países será un proceso largo y difícil, pero también importante y valioso.

La Primavera Árabe fue interpretada por los académicos occidentales como el florecer de un movimiento democratizador genuinamente popular y fundamentalmente laico contra los muy arraigados regímenes autoritarios que habían sido apoyados, tácita o explícitamente, por los gobiernos occidentales precisamente por no ser islámicos. Alain Badiou (2012) ha observado paralelismos entre las revoluciones de 1848 y los levantamientos de 2011-2012 en cuanto protestas contra regímenes despóticos que abrieron nuevos caminos al pensamiento crítico y las políticas radicales. Los servicios de inteligencia occidentales se relajaron ante el hecho de que las revueltas populares no tenían en apariencia fuertes conexiones con Al Qaeda o con los salafistas. Aunque el Presidente Hosni Mubarak había sido tolerado por Estados Unidos porque su gobierno había avanzado hacia un *modus vivendi* con Israel, el Presidente Obama optó finalmente por apoyar las revueltas. ¿Suponen estas revueltas alguna novedad para el panorama político en Oriente Medio?

Jeffrey C. Alexander nos ofrece una interpretación de la revuelta egipcia en *Performative Revolution in Egypt* (2011), donde defiende la sociología de la cultura como un marco teórico importante para comprender la política actual. Su estudio de la revuelta egipcia –definido como “un ensayo sobre el poder de la cultura”– defiende que “ha sido la representación real de un drama cuyo éxito político depende de su poder cultural: su habilidad para proyectar símbolos potentes y representaciones a tiempo real, tramas absorbentes con protagonistas y antagonistas despreciables; para estimular y hacer circular emociones fuertes... Para acceder al sentido dramático, debemos analizar estas representaciones colectivas” (Alexander, 2011). Su trabajo de sociología cultural critica las interpretaciones que desde la economía política izquierdista se han hecho de la

Primavera Árabe, que pasan por alto o minusvaloran la dimensión cultural y de representación de estos acontecimientos.

Mientras muchos observadores occidentales tendían a ver las revoluciones árabes como fenómenos conducidos por una “nueva clase” de tecnócratas con estudios, Alexander destaca que los activistas provienen más bien de una base social amplia. Los movimientos que convergieron en la Plaza Tahrir y se enfrentaron con éxito a policías y ejército incluían a hombres y mujeres, ricos y pobres, musulmanes practicantes y laicos convencidos. Esta diversidad de actores sociales se integró en un drama social común, galvanizado por representaciones compartidas y, en términos de Emile Durkheim, por la “efervescencia colectiva”. La esfera pública en el análisis de Alexander está constituida por movimientos sociales, por las plazas y las calles más importantes de El Cairo y, sobre todo, por Internet, y de este modo la esfera pública sería un ensamblaje de movimientos que evoluciona y fluctúa, por lugares y medios de comunicación, pero que no constituye nada parecido a un conjunto de instituciones más o menos duraderas.

Atendiendo a las causas de la Primavera Árabe, Alexander no pretende descartar las explicaciones económicas basadas en el desequilibrio demográfico, el resentimiento de clase o los intereses económicos, pero insiste en que “los significados hacen revoluciones”, aunque los actores no siempre los acepten bajo circunstancias elegidas por ellos mismos (Alexander, 2011: 66). Los revolucionarios deben sobreponerse a la represión violenta y al aparato del Estado, pero también necesitan un escenario para sus representaciones políticas, así como acceso a los medios de producción simbólicos y los medios de comunicación. La revuelta egipcia ha puesto de manifiesto el papel central que han jugado Facebook y Twitter para la difusión de estas representaciones culturales y para facilitar la organización de manifestaciones, evitar a la policía y saltarse el toque de queda. La revolución no habría sido posible sin las tecnologías digitales que burlaban el control gubernamental de los medios de comunicación tradicionales. Hubo otros factores importantes, especialmente la renuencia del ejército a intervenir a favor del régimen y reprimir las protestas. La pasividad militar fue alentada por Estados Unidos, que ha jugado un papel central entre bastidores financiando y proporcionando tecnología. Por tanto, para un observador liberal, podía existir la esperanza de que la resolución de la Primavera Árabe siguiera el modelo de las revoluciones en Europa del Este de finales de la década de 1980 y no el de la Revolución iraní de 1979; específicamente el de una transición a la democracia relativamente pacífica en lugar de ir hacia la dominación de un partido clerical con una agenda autoritaria para imponer su ideología religiosa.

¿REVOLUCIÓN O REFORMA?

Las representaciones políticas no resuelven por sí solas los problemas que las motivaron. Tras la caída de Mubarak, Egipto aún tiene la economía destrozada, un persistente problema de desempleo juvenil, una industria turística desarticulada y un conflicto creciente entre musulmanes y coptos. Los demócratas sólo podían acoger de buen grado las elecciones de noviembre de 2011, pero los resultados de éstas no contentaron ni a los gobiernos occidentales, ni a la juventud que protesta, ni a los coptos. Los Hermanos Musulmanes, con el 65% de los escaños, lograron una mayoría suficiente, pero en un segundo plano estaba también el desafío del partido Nour, en contacto con el movimiento salafista (Meijer, 2009). La elección de Mohamed Morsi, líder de los Hermanos Musulmanes y del Partido Justicia y Libertad, no fue una sorpresa, porque son probablemente la única organización fuertemente asentada en las áreas rurales.

Aunque las representaciones políticas pueden ser dramáticas y estimulantes, en última instancia está la tediosa pero necesaria tarea de hacer política: cómo organizar partidos políticos que funcionen, cómo organizar unas elecciones limpias, cómo acabar con la corrupción en las instituciones del Estado, cómo reconstruir una economía capaz de proporcionar puestos de trabajo a los jóvenes, cómo poner en marcha un sistema fiscal efectivo y una policía que no sea meramente represora y corrupta. Tras el entusiasmo revolucionario, el ‘drama’ de los movimientos sociales debe dar paso al trabajo rutinario capaz de crear las instituciones cívicas modernas –un sistema electoral, un sistema fiscal efectivo, el imperio de la ley, la igualdad de género-. Esto seguramente vale para cualquier otra representación política –cómo lidiar con los siempre difíciles problemas de la política cotidiana una vez que el entusiasmo colectivo de la protesta, las manifestaciones y revueltas se desvanecen entre los posos de la historia-. En la realidad post-dramatúrgica, el armazón sentimental revolucionario es sustituido por el habitual resentimiento hacia las élites y los poderes extranjeros, hacia la policía y los banqueros que rigen la economía del país.

¿Cómo podemos pensar sociológicamente estos procesos? Una posible respuesta es tomar siempre en consideración las consecuencias no intencionales de la acción. Pensando en los problemas a los que se ha enfrentado China tras las reformas de Deng Xiaoping, Henry Kissinger (2012: 336) ha captado con precisión los dilemas que a fin de cuentas afrontan tanto la revolución como la reforma: “una consecuencia frecuente de la revolución es el fortalecimiento del poder central; cuanto más profunda es la revolución, más se cumple esta regla. El dilema del reformismo es el contrario; cuanto mayores son las posibilidades de

elección, más difícil es su organización”. Parece, por tanto, que los dilemas de la Primavera Árabe tienen más que ver con el reformismo que con la concentración del poder del Estado. Mientras escribo estas líneas, ni en Yemen ni en Libia hay un Estado operativo. La destrucción de los santuarios sufíes en Libia en 2012 ha puesto de manifiesto el poder de Ansar al-Sharia y la debilidad del Estado para hacer frente a la milicia. Con el derrocamiento de Gadafi y la desarticulación de su sistema de seguridad, Libia se ha inundado de armas provenientes de su arsenal y se ha extendido por el país como una plaga la violencia derivada de las divisiones étnicas y tribales (Pargeter, 2012). Las elecciones tanto en Túnez como en Egipto han sido más favorables a las fuerzas del conservadurismo islámico que a los grupos liberales de las áreas urbanas. Y esto es así porque las protestas de la plaza Tahrir no eran, en contra de la opinión de Alexander, representativas de la comunidad en su conjunto, y particularmente no lo eran de las áreas rurales donde el campesinado conservador es mayoría. La Hermandad ha triunfado porque durante mucho tiempo han sido la principal oposición al gobierno secular, el grupo más organizado de la sociedad civil y la organización más capacitada para ofrecer a las masas bienestar y sentido.

Como asociamos normalmente secularización con modernización, los sociólogos hemos ignorado o subestimado la importante influencia que las creencias y las organizaciones religiosas ejercen sobre los movimientos políticos reformistas y revolucionarios. La Revolución iraní de 1978-79 derrocó a Muhammad Reza Sah Pahlavi, que había puesto en marcha un programa de nacionalismo secularizado para impulsar la modernización económica del país. Sin embargo, la naturaleza autoritaria del Estado produjo una oposición masiva. Mientras la oposición se fortalecía entre los estudiantes de izquierda y la clase trabajadora urbana, el Ayatolá Ruhollah Jomeini se valió de la tradición chií de sufrimiento y martirio y, finalmente, el movimiento revolucionario fue controlado por los líderes religiosos. La lucha contra el Sah fue vista como una recreación del combate entre Hussein, nieto del Profeta, y Yazid en el 680 DC en el desierto de Kerbala. Michel Foucault viajó a Irán en 1978 y escribió apasionadamente sobre la Revolución como una respuesta espiritual que podría reformar el yo a través de la disciplina religiosa. Otros intelectuales occidentales –Maxime Rodinson y Simone de Beauvoir- fueron menos comprensivos.

A finales de 2012 parece claro que el islamismo ha demostrado ser cada vez más influyente en relación con la importancia creciente de las lecturas conservadoras de la Sharia en Yemen, Túnez y Egipto. La cuestión política hoy es, simplemente: ¿Se encuentra el estatus legal de las mujeres, a pesar de la modernización y las

reformas sociales, en retroceso? Una reciente compilación de ensayos editada por Maaïke Voorhoeve (2012) sugiere que las consecuencias no intencionales de la revolución han sido el freno o incluso el retroceso de los derechos de las mujeres. Con la unificación de Yemen en 1990, los derechos de las mujeres se habían deteriorado. Tras la independencia del sur en 1967, el gobierno promovió políticas contundentes para la emancipación de las mujeres en el ‘Corrective Move’ de 1969. No sólo se incentivó que las mujeres se formaran para integrarse en el mercado laboral, sino que los hombres fueron educados en el trato igualitario hacia las mujeres. Tras la unificación política, aquellas reformas fueron olvidadas por completo y las mujeres dejaron de estar involucradas en la construcción de la sociedad y pasaron a ser tratadas como parte del harén, el espacio privado sagrado. Así el Islam emergió como el factor decisivo en la definición del lugar de las mujeres en el conjunto de la sociedad.

En Irán, los derechos de las mujeres han tenido una historia igualmente turbulenta. Durante la Revolución de 1979, tanto los grupos religiosos como los laicos movilizaron a las mujeres iraníes como el antídoto simbólico contra la cultura occidental. La Ley del Velo de 1983 hizo del *chador* un ataque simbólico hacia las ‘mercantilizadas’ mujeres occidentales y contra los valores laicos de la monarquía de Pahlavi. Pero el conflicto entre valores republicanos y religiosos nunca estuvo completamente resuelto. La presidencia de Jatami fue testigo de un intento radical por mejorar el estatus de las mujeres para considerarlas no sólo madres y esposas sino también ciudadanas activas en la esfera pública. En 1998 creó el Centro para la Participación de las Mujeres (Centre for Women’s Participation). Sin embargo, el Consejo de Guardianes terminó rechazando la ratificación de la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, al considerarlo incompatible con los principios islámicos. Con la elección en 2005 de Mahmud Ahmadineyad los derechos de las mujeres han retrocedido, y esta tendencia reaccionaria ha quedado ejemplificada con el cambio del nombre del CWP a Centro para la Mujer y los Asuntos Familiares. Las mujeres obedientes hacia las obligaciones familiares son tratadas como agentes de estabilidad y no de cambio social.

Los esfuerzos radicales para mejorar el estatus de las mujeres y sus derechos sociales no son nunca fáciles ni completos. El patriarcado tradicional encuentra a menudo un amplio apoyo en las nociones jurídicas de “costumbre y hábito”. La dicotomía árabe *qiwamah/wilayah* implica que los juristas musulmanes tradicionales consideran la autoridad masculina un elemento fundamental para preservar el orden social. El acceso a la justicia es un proceso lento y caro para las mujeres que se quieren divorciar, conservar la custodia de los hijos o una

pensión alimenticia. Los proyectos de reforma para corregir las profundas causas institucionales del retraso judicial (incluidos los procedimientos administrativos prescritos, la falta de jueces y funcionarios preparados y el exceso de casos pendientes) casi nunca tienen éxito, en parte porque el retraso puede ser una estrategia efectiva para evitar una decisión judicial inconveniente. A pesar de los costes y de las dificultades sociales, las demandas de divorcio en Oriente Medio han aumentado a medida que las parejas jóvenes se han enfrentado a los retos de unas sociedades en proceso de cambio acelerado, donde los supuestos tradicionales del matrimonio ya no se ajustan a la realidad empírica. El desempleo estructural implica que los hombres no puedan cumplir fácilmente con los roles que tradicionalmente se les han asignado en relación con las mujeres, y al mismo tiempo las mujeres con estudios ya no asumen su rol tradicional dentro de la familia. La cuestión central en estas sociedades es la contradicción estructural entre las mujeres como esposas y madres pasivas y las mujeres como ciudadanas activas.

Egipto nos ofrece una importante lección histórica sobre el estatus cambiante de la mujer en el ámbito público bajo una sucesión de regímenes liberales, nacionalistas y fundamentalistas. Cuando Gran Bretaña concedió la independencia parcial a Egipto en 1922, las disposiciones constitucionales no preveían la igualdad política de las mujeres, y de ellas, que habían sido políticamente activas, se esperaba simplemente que volvieran a sus tareas domésticas. Sin embargo, las mujeres llegaron a desempeñar un papel importante en la formación del nacionalismo egipcio. La Segunda Guerra Mundial había radicalizado la conciencia política de la sociedad egipcia, y en 1944 fue fundado el Partido Feminista Egipcio a partir de una plataforma política para la reforma social, el control de la natalidad y el aborto. Activo durante el auge del nacionalismo egipcio a través del Comité de la Mujer para la Resistencia Popular, las mujeres participaron en la lucha contra los británicos durante la crisis de Suez. Contaron entonces con el apoyo de los musulmanes progresistas que defendieron que el Corán concedía a las mujeres la igualdad de derechos sociales y políticos, y el gobierno nacionalista de Gamal Abdel Nasser introdujo una serie de reformas sociales para elevar el estatus de las mujeres en una sociedad egipcia post-colonial. Aunque el “feminismo de Estado” de Nasser socavaba el poder simbólico de maridos y padres, hizo surgir una forma de patriarcado estatal, del que las mujeres seguían siendo dependientes.

En épocas más recientes, Anwar Sadat y Hosni Mubarak consolidaron su continuidad política forjando alianzas entre fundamentalistas, funcionarios del Estado y clases medias. En la década de los ochenta, muchos de los avances

sociales alcanzados por las mujeres fueron amenazados por las políticas islamistas, que intentaron restablecer los roles tradicionales para las mujeres. Entre estos clérigos conservadores, la “política de inversión” trató de imponer el *hijab* como un símbolo poderoso de esta re-domesticación cultural de la mujer. El estatus de las mujeres egipcias está aún amenazado por el papel de los clérigos conservadores dentro de la comisión encargada de revisar la Constitución. En particular, Mohammed Saad al-Azhari, un clérigo ultra-ortodoxo seguidor del movimiento salafista, pretende abolir la ley por la cual las mujeres menores de 18 años no pueden contraer matrimonio, y eliminar también una propuesta para prohibir el tráfico de mujeres permitiendo que puedan ser juzgados en los tribunales aquellos padres que arreglen matrimonios con menores. Resulta irónico que estas leyes que protegen a las mujeres sean conocidas como “leyes de Suzanne” por el nombre de la esposa del derrocado Presidente Hosni Mubarak. Gracias a estas leyes laicas las mujeres pudieron divorciarse sin consecuencias penales evitando largos procesos judiciales. Los conservadores de la comisión constitucional sostienen que las Leyes de Suzanne violan la ley islámica. Además, el borrador del capítulo sobre derechos y libertades no hace referencia alguna a la normativa internacional sobre derechos humanos.

La religión ha jugado un papel fundamental en la definición de la ciudadanía en Oriente Medio, especialmente en lo relativo al género. La religión es un elemento necesario de las estructuras patriarcales que sustentan el poder de los monarcas sobre los reinos, de los hombres sobre las familias y la tribu, y de los presidentes sobre los estados. Y lo que es más importante, la ciudadanía como entidad jurídica en Oriente Medio a menudo se ha constituido a través de la pertenencia a una comunidad religiosa y, por tanto, la distribución de derechos y recursos está organizada en base a la pertenencia a una secta religiosa. El resultado es que la nación se concibe como un conjunto de sub-comunidades a su vez definidas por la religión. Líbano es el ejemplo paradigmático, donde hay diecinueve religiones oficiales que dividen más que unen la esfera pública. Las leyes sobre el estatus de la persona se gestionan dentro de cada comunidad religiosa. El conflicto político entre y dentro de los estados nacionales asume el carácter de conflicto religioso, y el establecimiento de relaciones pacíficas entre las distintas comunidades religiosas se convierte en un proceso difícil y duradero.

Otra consecuencia es que la sociedad civil no es entendida como un espacio de diálogo secularizado, de negociación y compromiso, sino más bien como un ámbito donde las visiones religiosas de la verdad no pueden ser alteradas o cuestionadas mediante el debate y el mutuo acuerdo. Donde el islamismo es la religión dominante, las únicas relaciones contractuales en el ámbito público son

con Dios y, por tanto, los procesos políticos convencionales de debate, disputa y mutuo acuerdo son considerados inadmisibles e indeseables. La religión en la esfera pública no conduce necesariamente al consenso a través de la comunicación.

CONSTRUYENDO INSTITUCIONES DE CIUDADANÍA: UNA TIPOLOGÍA

Ha habido un amplio debate periodístico y en menor medida académico sobre si es posible la democracia en la región, pero las perspectivas de que surjan sociedades democráticas y prósperas parecen más bien inciertas, cuando no sombrías, al menos a corto plazo. En Egipto, la pérdida de inversión extranjera y el descenso del turismo afectaron seriamente a la economía, que en 2012 estaba creciendo a un ritmo del 2% y cuya reserva de divisas había descendido hasta un 25%. Si el desempleo y la pobreza fueron elementos causales de la revuelta egipcia, las perspectivas de una transición rápida hacia un gobierno efectivo y hacia la democracia no son muy alentadoras. Tanto Yemen como Siria parecen escenarios inestables, con un aumento vertiginoso de las bajas civiles. Las protestas en el Golfo han sido de momento reprimidas con mano dura. La reconstrucción de la infraestructura social y técnica de Libia será costosa e incierta.

En este artículo sostengo que, así como iniciar acciones revolucionarias puede ser relativamente sencillo, lo complicado es llevarlas a su fin con éxito. A menos que la euforia que rodea la caída de los regímenes autoritarios se traduzca en instituciones civiles más estables, incluida la reactivación de sus economías y, en el caso de Libia y Siria, la reconstrucción de sus destrozadas infraestructuras, las aspiraciones de aquellos que condujeron la Primavera Árabe serán rápidamente deshechas. Así, también pueden darse protestas sociales continuadas y, finalmente, la vuelta a un gobierno militar. Por “instituciones más estables” me refiero a la construcción de los componentes básicos de una ciudadanía secularizada real que supere o equilibre la fuerza divisoria de la identidad religiosa, tribal y del clan. El conflicto creciente entre cristianos coptos y musulmanes en Egipto, entre católicos y musulmanes suníes en Irak, y entre suníes y chiíes en buena parte de la región, puede ser presagio de un conflicto más amplio en la región.

En general, con el desarrollo de los “Estados rentistas” en Oriente Medio, ricos en recursos, ha habido un desarrollo menor de la sociedad civil y en muchos casos (como en Libia, Siria y Yemen) el tejido asociativo necesario para la consolidación de la ciudadanía ha sido en buena parte destruido. En Bahrein el

60% de los ingresos del gobierno provienen del petróleo y el gas y, por lo tanto, la elite dirigente cuenta con importantes recursos para comprar la fidelidad de sus partidarios. Arabia Saudí ha distribuido recientemente 130 billones de dólares entre su población para mantener su apoyo pero, por el contrario, países con menos recursos como Marruecos o Siria, no han sido lo suficientemente ‘generosos’ para asegurarse la lealtad hacia la familia dirigente. La pérdida de confianza en el futuro económico de Siria ha significado que, en los primeros cuatro meses de 2011, fueran retirados el 10% de los depósitos del sistema bancario nacional. Aunque al comienzo de la crisis el gobierno tenía aproximadamente 17 billones de dólares en reservas extranjeras, éstas se han ido reduciendo a un ritmo de 70 millones de dólares a la semana. Siria ha repartido una serie de “dádivas” para apaciguar a su base política pero estas medidas sólo aumentan la inflación y agravan sus problemas económicos a largo plazo. Como diría Maquiavelo, estos regímenes pueden bien aplastar a la oposición con el uso de la fuerza, bien ganar tiempo con la promesa de reformas sociales. El régimen de Al-Assad ha intentado ambas estrategias y el resultado es un atroz y destructivo punto muerto.

La creación de una forma moderna y laica de ciudadanía será una tarea política ardua, de enormes proporciones, pero necesaria para ofrecer el marco institucional necesario en el que las aspiraciones políticas y los valores democráticos puedan empezar a fortalecerse y ser asegurados. La ciudadanía social, tal y como la conocemos desde Aristóteles a Max Weber, requiere no sólo de instituciones sino también de una ética cívica, y sin esos valores la responsabilidad por los asuntos públicos y el compromiso con el bien común son insostenibles. La alternativa será la lealtad al clan, los intereses particulares y el clientelismo (Kim, 2004).

Por supuesto, la crítica “antropológica” a esta idea de ciudadanía radica en que estas ideas políticas secularizadas, occidentales, tienen poca importancia en la región y que debemos ser sensibles a las culturas políticas locales. Sin embargo, esta crítica es poco convincente. Los estudiantes en las calles de El Cairo y Trípoli reclamaban democracia y libertades individuales. Argumentos similares sobre la validez de las ideas occidentales –como los derechos humanos– fueron también frecuentes en Asia. Sin embargo, la reivindicación por los derechos de ciudadanía en Asia ha constituido un encendido debate desde al menos finales del siglo XIX, cuando los intelectuales radicales en China y Japón estaban ocupados leyendo a Herbert Spencer y reclamando reformas (Turner, 2004; Turner, 2006). Las aspiraciones de democracia y buen gobierno no parecen ser algo específico de Occidente. En resumen, la necesidad de un gobierno eficaz

capaz de garantizar la seguridad y el crecimiento económico no es característica de algunas sociedades occidentales.

La ciudadanía puede ser definida como un conjunto de prácticas e instituciones que delimitan las identidades públicas y que sirven para redistribuir los recursos y derechos a la población. En otras palabras, esta aproximación sociológica intenta evitar una definición meramente formal y legal de ciudadanía (como, por ejemplo, el derecho a votar o a tener un pasaporte) aunque, por supuesto, eso no implica que estas características formales sean irrelevantes (Turner, 1997). La literatura contemporánea sobre ciudadanía ha intentado definirla desde el punto de vista de las acciones cotidianas de empoderamiento que involucran y conectan a la gente con la comunidad y con la política. Aunque debemos considerar la importancia de estas tendencias en los estudios sobre ciudadanía (especialmente aquellos aspectos relacionados con la identidad, los legados culturales y el empoderamiento cotidiano), es importante insistir en los fundamentos tradicionales de la ciudadanía como un conjunto de derechos y obligaciones. Históricamente, la ciudadanía ha implicado la creación de un sistema fiscal general y efectivo como base de las finanzas del Estado. Normalmente requiere de algunos fundamentos para el servicio público como el servicio militar obligatorio o el desarrollo de un ejército profesional. Finalmente, se atiende a las necesidades de los individuos para que formen familias y, de ese modo, a través de la reproducción, reproducir la sociedad. A cambio de una serie de servicios (impuestos, función pública, servicio militar, actuar como jurado, asumir el papel de padres reproductores, entre otros), los ciudadanos adquieren “derechos contributivos” –al bienestar, la educación, la sanidad-. Como consecuencia de su participación en el bien común, los ciudadanos adquieren un sentido de autonomía, dignidad y empoderamiento, pero también un sentimiento de conexión y responsabilidad hacia las instituciones compartidas. Este enfoque de la ciudadanía pretende llamar la atención sobre los problemas de corrupción que socavan los sistemas fiscales, el equilibrio entre la reivindicación de derechos y el reconocimiento de obligaciones a los ciudadanos y, por último, sobre la importancia de la igualdad de género en el campo de la educación. Los derechos sociales para las mujeres –especialmente la educación- han demostrado ser de especial importancia tanto para el cambio social como para el progreso económico.

Podemos identificar diferentes modelos de ciudadanía. El modelo clásico británico de la ciudadanía social surgió de la reconstrucción de posguerra y las políticas keynesianas. Los antecedentes de este Estado del bienestar se remontan a Asquith y al antiguo Partido Liberal. Sin embargo, se puede sostener que la

movilización para la guerra creó las condiciones para una movilización masiva de ciudadanos y que el Informe Beveridge, la sanidad universal y la educación gratuita, entre otras, fueron la conclusión lógica del ‘estado de guerra’ y de las políticas económicas keynesianas. Hay un modelo liberal estadounidense en el que el salario se veía como la característica definitoria del individuo autónomo, hecho a sí mismo, que encuentra la dignidad en el trabajo más que en la indignidad de la esclavitud o la ociosidad de la aristocracia (Shklar, 1991). Existía también un modelo más autoritario de políticas de protección, de arriba hacia abajo, normalmente ilustrado por la Alemania de Otto von Bismarck. En éste, el Estado buscaba incorporar a la clase trabajadora a través de subsidios básicos para protegerla de las duras condiciones del capitalismo. En el mundo contemporáneo este modelo de arriba hacia abajo es característico de la “modernización acelerada” de Corea del Sur, Singapur y Taiwán (Chang, 1999). Estos países habían tenido Estados autoritarios “blandos” que desarrollaron la sociedad a través de inversiones en educación para competir en los mercados mundiales. Aunque la expansión de la ciudadanía en Egipto, especialmente bajo Nasser, ha sido también un proceso de arriba hacia abajo, Egipto no ha tenido el éxito económico de los Tigres Asiáticos a través de un Estado desarrollista. Además, no ha contado con el beneficio de los ingresos provenientes del petróleo y el gas y, por añadidura, ha luchado contra el déficit económico y las crisis financieras desde los tiempos de la dominación británica de Lord Cromer. Podemos sostener que, mientras las economías asiáticas tuvieron como estímulo externo la guerra de Vietnam, la participación de Egipto en las guerras con Israel sólo ha tenido consecuencias negativas.

Hipotéticamente, podemos imaginar un cuarto tipo de ciudadanía poscolonial en el que la metrópoli desarrolla la sociedad otorgando privilegios a algún estrato clave, normalmente una minoría étnica, para que asuma las necesidades básicas de administración y seguridad. En general, los estados coloniales dividen a su población en categorías raciales bastante rígidas para asumir diferentes funciones sociales. De hecho, puede sostenerse que las divisiones raciales de la mayoría de los estados coloniales fueron creadas por el Estado a partir de su clasificación de la población en fuerzas armadas, administración, policía y trabajadores. Este modelo colonial fue la “sociedad plural” original en la que los grupos raciales o étnicos mantenían relaciones de intercambio en el mercado económico, pero poco o ningún contacto en la sociedad civil. En este sentido, la administración colonial británica creó una serie de comunidades más o menos separadas con sus propias religiones, costumbres y leyes. Una vez desaparecido el gobierno colonial, se dieron las condiciones para un conflicto étnico y religioso de

considerable importancia, como hemos visto en Oriente Medio y en gran parte de África. Normalmente, en el caso de las sociedades poscoloniales, sus fronteras estatales jurídico-políticas tienen poco que ver con las divisiones étnicas, culturales y religiosas reales que existen en la sociedad. Las sociedades contemporáneas de Oriente Medio, como Irak, Siria y Líbano, mantienen estas características divisiones internas que han hecho de la creación de una ciudadanía nacional una cuestión muy problemática. Uno puede pensar en las divisiones entre alauitas y suníes en Siria o las divisiones entre suníes, chíies y kurdos en Irak, o fracturas similares en Barhén, o la histórica división libia en tres comunidades étnica y culturalmente diferenciadas o, por último, la supervivencia de complejas lealtades tribales en Yemen.

En cierta medida, Oriente Medio y el norte de África han sido moldeados por el legado de dos oleadas de colonialismo. Concretamente durante el período otomano, el "sistema de millet" otorgó cierto grado de protección a las minorías. Este sistema es considerado a menudo como una forma temprana de derechos de los grupos que fomenta las relaciones armoniosas entre la comunidad dominante y sus minorías. Recientemente, el Estado turco moderno se ha presentado a sí mismo, bajo el partido Justicia y Desarrollo, como el resurgir del otomanismo para hacer valer su influencia en la región. La otra influencia ha sido el legado del colonialismo europeo, principalmente británico y francés. El colonialismo europeo, en muchos aspectos, adaptó las instituciones otomanas a sus propios intereses administrativos, dejando en su lugar un mosaico de comunidades (especialmente en Yemen, Líbano, Libia y lo que era la "gran Palestina"). La construcción de la ciudadanía se enfrenta a diferentes problemas en diferentes partes de la región. Evidentemente, en las profundas diferencias tribales de Yemen y en lo que ahora es una guerra civil se plantean enormes problemas de reconstrucción social.

En el moderno Oriente Medio, este legado colonial se ha vuelto más complejo con la independencia y el desarrollo del petróleo y el gas como exportaciones fundamentales. Muchas sociedades de la región sufren ahora, no tanto como legado del colonialismo, sino por las particulares consecuencias sociales y políticas de la dependencia del petróleo. El resultado ha sido la creación de Estados rentistas. Los países ricos en recursos energéticos, desde Rusia a Arabia Saudí, sufren "la maldición de los recursos", por la que los Estados rentistas fundamentalmente basan su enriquecimiento en la extracción energética (normalmente, petróleo y gas); sus beneficios vienen a ser simplemente una especie de alquiler. Las consecuencias de este modelo son normalmente la falta de diversificación económica y la ausencia de clase media (más allá de los

profesionales y técnicos que se requieren como personal de apoyo y que gozan de visados temporales). Desde 1955, las exploraciones y exportaciones petrolíferas obviamente han mejorado la economía libia, pero la riqueza se ha concentrado en las manos de una elite. En lugar de favorecer el surgimiento de una clase trabajadora autóctona, Libia y otros países productores de petróleo de Oriente Medio han acogido una amplia mano de obra inmigrante no cualificada. Durante un breve período de tiempo, los colonos italianos desarrollaron pequeñas industrias, incluida una factoría Fiat, y algunas carreteras fueron construidas durante el régimen de Mussolini. Pero en el momento de la independencia, en 1951, Libia seguía subdesarrollada, con bajos niveles de alfabetización, sin universidades ni clase media. La población de la región era relativamente diversa, incluyendo a los bereberes, uno de los grupos nómadas más importantes. Libia ha vivido conflictos durante siglos, dejando una sociedad que permanece cultural y socialmente dividida entre regiones de origen distintas, a saber, Tripolitania, Fezzan y Cirenaica –por utilizar sus nombres tradicionales.

Para sostener convincentemente este argumento sobre la ciudadanía y la sociedad civil, una de las explicaciones verdaderamente importantes sobre el origen de la democracia en la sociología histórica y comparada es la de Barrington Moore en *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1966). Por simplificar y forzar su argumento en nuestro favor: sin clase media no hay democracia. Los Estados rentistas, ricos en petróleo, han impedido el fortalecimiento de la clase media o la han excluido, dividiendo con nitidez la sociedad entre las familias dinásticas que poseen la mayor parte de la riqueza y una mano de obra extranjera que realiza todo el trabajo y manda sus remesas a China, Pakistán, Vietnam y Filipinas. Hay una pequeña elite extranjera de asesores y personal de confianza que no tiene interés a largo plazo o compromiso con las sociedades en las que trabajan. Sin una floreciente clase media y un régimen receloso de cualquier institución o grupo social autónomo, encontramos una sociedad civil subdesarrollada o inexistente. Estas condiciones sociales no proporcionan el clima favorable para el desarrollo de la ciudadanía. Esta situación la ilustran bien tanto Libia como los países del Golfo Pérsico, que dependen de un enorme ejército de trabajadores inmigrantes (en su gran mayoría, asiáticos).

La dependencia occidental respecto a estos países autoritarios y sus dinastías en Oriente Medio es bien conocida, pero la situación está cambiando. Los países occidentales son más dependientes que nunca del petróleo y del gas procedente de estos regímenes autoritarios, al haber descendido la producción petrolífera en el Mar del Norte y en Alaska. Arabia Saudí, Rusia y los estados del Golfo Pérsico

son ahora los únicos países capaces de mantener o incrementar sus exportaciones de petróleo. Occidente se ha convertido en dependiente de estas dinastías familiares que, irónicamente, en el caso de Arabia Saudí son también las exportadoras de la corriente radical musulmana del wahhabismo, especialmente a Asia. Mientras el encarecimiento constante de la energía mantiene a Vladimir Putin en el poder, las fuentes de energía alternativas y los coches híbridos están todavía, de alguna manera, en un futuro remoto. Estados Unidos, sin embargo, como resultado del desarrollo de los reservas de gas natural y de las nuevas tecnologías para extraer petróleo de los fondos marinos, ha comenzado a exportar petróleo en 2012. Este desarrollo precisamente forma parte de la estrategia estadounidense para acabar con su dependencia energética del exterior.

Para entender los problemas a los que se enfrenta la construcción de un modelo viable de ciudadanía en la región, necesitamos entender las causas del actual descontento. Los medios de comunicación se han centrado en el papel de los modernos medios de comunicación (fundamentalmente teléfonos móviles, Facebook y Twitter) en la organización de los actuales movimientos de protesta. Sin embargo, Lisa Anderson sostiene que las revueltas árabes de 1919 en Túnez, Egipto y Libia, que se inspiraron en el célebre discurso de los “Catorce Puntos” del Presidente Woodrow Wilson, se transmitieron con éxito alrededor del mundo por telégrafo. Y concluye: “Los acontecimientos de ese año demuestran que la difusión global de la información y las esperanzas –tan gráficamente expuesta en la Plaza Tahrir el pasado invierno- no es resultado de Internet y las redes sociales” (Anderson, 2011: 2).

Contra el énfasis de Alexander en la cultura y la representación, sostengo la idea de que las revoluciones tienen más que ver con la demografía que con los sistemas de comunicación (Sowers, 2012). El porcentaje de gente joven (entre 15 y 29 años) entre la población árabe va del 38% de Barhén y Túnez a más del 50% en Yemen. Un porcentaje creciente de estos jóvenes ha recibido educación superior (normalmente en instituciones occidentales), pero sus posibilidades de trabajar en Oriente Medio no se han ampliado. La media de desempleo en la región es del 23%. Estas desigualdades sociales se ven agravadas por la corrupción estatal y la exhibición de riqueza por parte de las elites dinásticas. Los regímenes militares y autoritarios de la región han sido caracterizados como formas modernas de “sultanismo” y se han revelado extremadamente frágiles y vulnerables. Podría discutirse que las monarquías de Marruecos, Jordania, Omán y el Golfo Pérsico han demostrado ser más flexibles, mientras que el conflicto violento en Siria hace que cualquier solución democrática sea muy difícil de

asegurar (Goldstone, 2011). Es probable que la reforma constitucional en Marruecos haya contenido el malestar actual y desviado las críticas de la familia gobernante.

Al reflexionar sobre las causas de estas revoluciones, las expectativas de desarrollo de la ciudadanía no son alentadoras. Las consecuencias inmediatas de estos movimientos de protesta, tal y como hemos visto en Egipto, Libia y Túnez, pueden suponer el estancamiento económico, cuando no el retroceso. Después de la euforia, puede haber un período de frustración creciente con los gobiernos pos-revolucionarios, como ya hemos presenciado en Túnez y Egipto. La construcción de estas economías requerirá de paciencia, tiempo e inversión. Mejorar el empleo juvenil será la clave para crear una experiencia significativa de ciudadanía y sin crecimiento económico la juventud seguirá estando distanciada del sistema político. Si movimientos islamistas como los Hermanos Musulmanes continúan prestando servicios de bienestar social y empleo para una juventud marginada, puede que veamos una deriva hacia formas más radicales del Islam. En este sentido, será importante tener en cuenta las comparaciones entre Egipto, Turquía e Irán.

La ciudadanía también requiere el reconocimiento de los derechos de las mujeres y su participación en la economía formal. Por supuesto, las mujeres han trabajado durante siglos en la economía informal y el trabajo doméstico, pero con la incorporación de la mujer a la educación, su participación en la fuerza de trabajo es esencial para el crecimiento económico en el futuro. La situación de la mujer requiere de un claro compromiso por parte del gobierno con la igualdad de género y un marco legal que proteja sus derechos. El régimen saudí y otros regímenes conservadores de la región se siguen oponiendo a que las mujeres asuman un papel público. La reciente controversia sobre el derecho de las mujeres a conducir es un buen ejemplo de ello. El futuro del régimen dependerá también de si Estados Unidos y sus aliados apoyan los intentos de reforma social o si continúan apoyando a los regímenes conservadores y autoritarios (como Arabia Saudí y los países del Golfo Pérsico) para garantizar sus intereses económicos y militares. Teniendo en cuenta el compromiso histórico con la seguridad de Israel, es poco probable que Estados Unidos y la Unión Europea se aparten drásticamente de su interés a largo plazo en la estabilidad de la región.

Haciendo un pronóstico sobre el resultado de las actuales revoluciones, cualquier comparación con Irán debe tener en cuenta este contexto internacional. La revolución contra el Shah fue un movimiento de masas con una ideología común, basada en el chiísmo radical. Estos acontecimientos históricos son

importantes porque las crisis en Oriente Medio –desde la Guerra del Golfo hasta Afganistán- han dejado a Irán como la gran beneficiada de estas convulsiones políticas y militares. Los observadores occidentales esperan que Turquía ofrezca un modelo mejor de transición hacia un Estado laico con una población mayoritariamente musulmana, que pasa ahora por un momento de auge económico.

La conclusión pesimista es que hacer la revolución es fácil; la construcción de un sistema social efectivo basado en una ciudadanía moderna es la tarea más difícil. El desarrollo de la ciudadanía implica más que la mera organización de elecciones y, echando la vista atrás, la limitación de la estrategia estadounidense en Irak y Afganistán fue que la celebración de elecciones libres, el derecho al sufragio ampliamente reconocido y secreto y la formación de partidos políticos puede que sean necesarios para una democracia liberal, pero estas instituciones no tienen por qué contribuir fácilmente a la construcción de una ciudadanía común que trascienda las diferencias étnicas entre kurdos y árabes o las diferencias religiosas entre cristianos y musulmanes o entre chiíes y sunníes. Aunque los académicos se han centrado hasta ahora, comprensiblemente, en las causas de la Primavera Árabe, atender a sus consecuencias puede ser intelectualmente la tarea más importante y provechosa.

EL ISLAM COMO RELIGIÓN CIVIL

Tratar de comprender la Primavera Árabe sin atender al contexto histórico nos llevará probablemente a obtener resultados poco fiables e interesantes. De hecho, la falta de atención a la historia de Egipto es probablemente el sello distintivo de los últimos trabajos sociológicos sobre las revueltas. Por ejemplo, uno podría estar tentado de interpretar la Primavera Árabe como un choque entre tradición y modernidad, pero parece razonable pensar que Egipto se incorporó a la modernidad con la ocupación napoleónica en 1798, a cargo de 31.000 soldados, con la ambición de dominar Oriente, el Imperio Otomano y la ruta hacia la India (Kennedy, 1988: 124). Gran Bretaña escribió así una página en la historia egipcia con las hazañas de la armada británica y las famosas victorias de Nelson en Abukir. La modernización de Egipto, por tanto, ha estado inextricablemente ligada al colonialismo europeo, y la explicación de Marx y Engels del colonialismo británico en la India en la que sostenían que los ferrocarriles británicos, la prensa y la reforma agraria habían, inconscientemente, incorporado a la India a la modernidad, puede ser aplicada con facilidad en el caso de Egipto (Marx y Engels, 1967). La aventura

napoleónica en Egipto fue, en muchos aspectos, la chispa que encendió el debate sobre la reforma del Islam en la obra de, por ejemplo, Jamal al-Din Al-Afghani. Aunque no logró en vida su objetivo de construir un nuevo panislamismo, sí avivó una nueva conciencia sobre la debilidad de las instituciones islámicas frente a la expansión colonial europea.

Otro fenómeno importante en ese momento fue la irrupción del wahhabismo, un movimiento fundamentalista radical para la reforma del Islam. Su fundador fue Muhammad ibn Abd al-Wahhab, que provenía de una familia de ulemas y qádis de Uyayna en el Emirato de Wadi Hanifa. El wahhabismo buscaba acabar con cualquier desviación e interpretación distinta del Islam, especialmente el sufismo, cuyos santos y lugares de culto constituían el Islam popular. El wahhabismo captó la atención de los musulmanes con su ataque a la ciudad de Kerbala en 1802, para dejar claro que todos los musulmanes, excepto sus propios seguidores, eran herejes. El wahhabismo se ha convertido en la corriente ortodoxa dominante de la familia saudí y se ha extendido por todo el mundo árabe. Su influencia se percibe en la política contemporánea a través de los Hermanos Musulmanes y el movimiento salafista (Mitchell, 1993).

El objetivo de estas observaciones es sugerir que cualquier explicación de la historia moderna de Egipto tiene que prestar atención al hecho de que la modernización egipcia ha estado profundamente ligada a la reforma del Islam y que, por lo tanto, no es posible discutir sobre la política egipcia contemporánea sin tenerlo en cuenta (Adams, 1933). Aunque los observadores occidentales puedan desear que la Primavera Árabe sea la expresión de un movimiento secularizador para llevar a cabo una reforma democrática en Egipto, estos acontecimientos políticos y sociales estarán necesariamente entrelazados con el Islam. Sin duda, el desarrollo de la conciencia moderna en Egipto no ha sido producto exclusivo de un Islam renovado (Wendell, 1972). El Cairo y Alejandría han proporcionado el contexto necesario para que surja una intelectualidad urbana que viene debatiendo desde hace tiempo sobre la identidad egipcia a través de los medios de comunicación, el cine y la literatura. Jacques Berque (1972), en su magistral *Egypt. Imperialism and Revolution*, traza la evolución del pensamiento crítico en el teatro, la poesía y la literatura desde la Primera Guerra Mundial hasta la construcción del Canal de Suez bajo la idea de “la búsqueda de la identidad”.

Hay pocos ejemplos mejores para ilustrar la compleja interacción entre el Islam y las ideologías laicas que el ascenso del nacionalismo árabe. Frecuentemente se asume que el nacionalismo árabe comienza como una rebelión contra el gobierno otomano –rebelión a menudo asociada con la figura romántica de T. E.

Lawrence durante la Primera Guerra Mundial-. Se asume que durante cuatro siglos el Imperio Otomano causó el resentimiento árabe hacia los turcos como gobernantes coloniales, pero esta perspectiva interpreta erróneamente el nacionalismo árabe moderno a partir de un pasado anterior a la propia existencia de la identidad turca o árabe. Las primeras muestras del nacionalismo árabe comienzan, irónicamente, con jóvenes libaneses en su mayoría cristianos en la década de 1870, apelando a los árabes desde el punto de vista de la lengua y la cultura para oponerse al gobierno otomano en la media luna fértil. Sin embargo, una fuente más importante del nacionalismo árabe proviene de la obra política de dos árabes sirios –Abd al-Rahman al-Kawakibi y Najib Azuri- de finales de la década de 1890, que comenzaron a diferenciar el panislamismo del nacionalismo árabe concibiendo un califato que fuera un líder espiritual y no político (Holt, 1966: 256-257). Finalmente, estas ideas nacionalistas fueron impulsadas por el movimiento de los Jóvenes Turcos y por la creación de la Turquía laica tras la desaparición del califato en 1924. Cuando los Jóvenes Turcos y los árabes nacionalistas se separaron, florecieron diversas asociaciones nacionalistas en El Cairo y en París. El nacionalismo árabe llegó a su madurez con el legado del acuerdo Sykes-Picot, que dividía la región entre Francia y Gran Bretaña y con la Declaración Balfour de 1917, que reconocía las reivindicaciones sionistas a tener una patria propia.

Podemos decir que estos movimientos nacionalistas que reformaron Egipto desde finales del siglo XIX hasta la caída de Nasser son un fenómeno urbano. Durante este período, la situación económica y social de la población rural se deterioró. La modernización de Egipto desde los tiempos de Mehmet Alí como valí de Egipto (1805-1848) implicó la creación de un Estado que llevó a la práctica tanto el reclutamiento de soldados como de la *corvée*, que tuvieron como resultado las revueltas campesinas, por ejemplo en 1820-1821, cuando unos 40.000 campesinos se congregaron junto a Shaykh Ahmad en la provincia de Qinah. Al ser las mujeres que desempeñaban un papel predominante en la economía nacional quienes más sufrieron las intervenciones estatales, la intensificación de la producción de algodón como consecuencia de la Guerra Civil estadounidense y el alza en los precios de los alimentos, fueron ellas las que con frecuencia encabezaron la oposición. De hecho, “la aceptación de su actividad indica hasta qué punto las mujeres eran percibidas como participantes legítimas en la vida política, económica y social de la esfera pública” (Tucker, 1985: 162). Mientras los corresponsales extranjeros insistían con frecuencia sobre la presencia de mujeres en la Plaza Tahrir, su activismo político no era en realidad ninguna novedad.

CONCLUSIONES: LO RELIGIOSO Y LO POLÍTICO

La historia de Egipto desde Napoleón Bonaparte hasta hoy en día es una historia de amaneceres árabes. Estas revueltas tienen una dimensión tanto religiosa como laica. Probablemente, en la historia británica la revuelta de Mahdi en 1881 es famosa por la toma de Jartum y el asesinato del General Charles Gordon en 1885. El éxito del mahadismo en la “media luna árida” contrastó con la rendición del Islam mediterráneo y la “media luna fértil” desde Mascate hasta Tánger. El mahadismo estuvo motivado por el resentimiento de aquellos “que vivían río abajo, llenos de odio hacia una Europa que estaba esclavizando al Islam, por la tensión entre lo local y el proceso de nivelación del mundo moderno, y al mismo tiempo la aspiración a una vía propia hacia la modernización sin pérdida de la identidad” (Berque, 1972: 140).

En este sentido, es difícil no recordar el trabajo antropológico de Ernest Gellner. En su *Saints of the Atlas* (1969) sostenía que la solidaridad social de las tribus contribuyó a su éxito político en la oscilación histórica de las elites entre la ciudad y el campo, y que los santos sufíes y sus hermandades desempeñaron un papel fundamental en la política del norte de África. En *Muslim Society* (Gellner, 1982), fue uno de los pocos teóricos occidentales que se tomaron en serio la religión mientras los sociólogos estaban enfrascados en un estrecho y provinciano debate sobre la secularización europea. En particular, reconoció la importancia global del Islam y su relación con la modernidad. Asumía que también la dimensión puritana del Islam reformado podía prosperar en un contexto de modernización. En una biografía reciente de Gellner, John Hall (2011:286) observaba que la conclusión de Gellner era que la opción puritana es dominante dentro del Islam, lo que hace al Islam, más que a ninguna otra religión del mundo, ‘resistente a la secularización’. En el siglo XX la religiosidad, tanto rural como urbana, ha sido fundamental para la vida cotidiana de la gente. Los Hermanos Musulmanes han desempeñado un papel central en el desarrollo tanto de la religiosidad como de la política en el Egipto moderno. Se disolvieron en 1948, pero con el tiempo su influencia ha aumentado, mientras ha descendido la de los santos sufíes. El Egipto y Sudán contemporáneos han pasado la página de los dramáticos acontecimientos del asesinato de Gordon en Jartum, pero no debería pillar a nadie por sorpresa que los Hermanos Musulmanes desempeñen, y continúen haciéndolo, un papel importante en el desenlace de la Primavera Árabe –incluyendo sus consecuencias no intencionales.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, C. C. (1933): *Islam and Modernism in Egypt. A study of the modern reform movement inaugurated by Muhammad 'Abduh'*, Londres, Oxford University Press.
- ALEXANDER, J. C. (2010): *The Performance of Politics. Obama's Victory and the Democratic Struggle for Power*, Oxford, Oxford University Press.
- ALEXANDER, J. C. (2011): *Performative Revolution in Egypt*, Londres, Bloomsbury Academic.
- ANDERSON, L. (2011): "Demystifying the Arab Spring. Parsing the Differences between Tunisia, Egypt, and Lybia", *Foreign Affairs*, 90(3), pp. 2-7.
- BADIOU, A. (2012): *The Rebirth of History. Times of Riots and Uprisings*, Londres, Verso.
- BERQUE, J. (1972): *Egypt. Imperialism and Revolution*, Londres, Faber and Faber.
- BODMAN, H. y TOHIDI, N. (eds.) (1998): *Women in Muslim Societies. Diversity within Unity*, Londres, Bouldner.
- BOTMAN, S. (1999): *Engendering Citizenship in Egypt*, Nueva York, Columbia University Press [Un estudio temprano ya clásico sobre el desarrollo de los derechos de las mujeres en el Egipto nasserista].
- CHANG, K-S. (1999): "Compressed Modernity and Its Discontent: South Korean Society in Transition", *Economy and Society*, 28(1), pp. 30-55.
- GELLNER, E. (1969): *Saints of the Atlas*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.
- GELLNER, E. (1982): *Muslim Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GOLDSTONE, J. A. (2011): "Understanding the Revolutions of 2011. Weakness and Resilience in Middle Eastern Autocracies", *Foreign Affairs*, 90(3), pp. 8-16.
- HAFEZ, S. (2011): *An Islam of Her Own. Reconsidering Religion and Secularism in Women's Islamic Movements*, Nueva York y Londres: New York University Press.
- HALL, J. A. (2011): *Ernest Gellner. An Intellectual Biography*, Londres y Nueva York, Verso.
- HOLT, P. M. (1966): *Egypt and the Fertile Crescent 1516-1922. A Political History*, Ithaca y Londres, Cornell University Press.

- JOSEPH, S. (ed.) (2000): *Gender and Citizenship in the Middle East*, Syracuse, Nueva York, Syracuse University Press.
- KENNEDY, P. (1988): *The Rise and Fall of the Great Powers*, Londres, Hyman.
- KIM, S. H. (2004): *Max Weber's Politics of Civil Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KISSINGER, H. (2012): *On China*, Nueva York, Penguin.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1967): *The Communist Manifesto*, Londres, Lawrence and Wishart.
- MEIJER, R. (ed.) (2009): *Global Salafism. Islam's New Religious Movement*, Nueva York, Columbia University Press.
- MITCHELL, R. P. (1993): *The Society of the Muslim Brothers*, Nueva York y Londres, Oxford University Press.
- MOORE, B. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, Londres, Allen Lane.
- OWEN, R. (2004): *Lord Cromer. Victorian Imperialist, Edwardian Proconsul*, Oxford, Oxford University Press.
- PARGETER, A. (2012): *Libya. The Rise and Fall of Qaddafi*, New Haven, Yale University Press.
- SHKLAR, J. H. (1991): *American Citizenship. The Quest for Inclusion*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- SOWERS, J. (2012): *The Journey to Tahrir. Revolution, Protest and Social Change in Egypt 1999-2011*, Londres, Verso.
- TUCKER, J. E. (1985): *Women in nineteenth-century Egypt*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TURNER, B. S. (1997): "Citizenship Studies: A General Theory", *Citizenship Studies*, Vol.1, No.1, pp. 1-18.
- TURNER, B. S. (2004): "Making and unmaking citizenship in neo-liberal times", en Agnes S. Ku y Ngai Pun (eds.), *Remaking Citizenship in Hong Kong. Community, nation and the global city*, Londres, Routledge, pp. xiv-xxiii.

- TURNER, B. S. (2006): "Citizenship East and West. Reflections on revolutions and civil society", en Gerard Delanty (ed.): *Europe and Asia Beyond East and West*, Londres, Routledge, pp. 148-160.
- VOORHOEVE, M. (2012): *Family Law in Islam. Divorce, Marriage, and Women in Muslim World*, Londres, Nueva York, I. B. Tauris.
- WENDELL, C. (1972): *The Evolution of the Egyptian National Image. From its Origins to Ahmad Lufti al-Sayyid*, Berkeley, University of California Press.

Recibido: 17 de octubre de 2012
Aceptado: 15 de noviembre de 2012

Bryan S. Turner es *Presidential Professor* de Sociología en la City University of New York. Fue *Distinguished Visiting Professor* "Alona Evans" en el Wellesley College (2009-2010). Ha editado *The New Blackwell Companion to the Sociology of Religion* (2010) y los cuatro volúmenes de *Secularization* (Sage, 2010). En 2008 apareció la tercera edición de su *Body and Society* y en 2011 publicó *Religion and Modern Society; citizenship, secularisation and the state* (Cambridge University Press). El Profesor Turner fue galardonado con el *Doctor of Letters* por la Universidad de Cambridge en 2009.